

EL AGUJERO INFINITO

Gómez de la Sorna

En la parte de atrás de nuestra casa de campo encontramos un agujero. Estaba en el jardín hirsuto, selvático, y su boca negra y húmeda se reveló en uno de los juegos habituales que hacía con Lucinda, la niña de nuestros vecinos.

Los dos nos quedamos alelados observando el hoyo y pronto arrojamos una piedra para tratar de averiguar su profundidad, aunque ningún ruido se escuchó devuelto por el abismo; así que insistimos vertiendo todo tipo de cosas: desde ramas a enormes pedruscos, pasando por una jarra de cristal que trajo Lucinda de su mansión victoriana. Nada, ni un mal eco resonó allá abajo, y yo por las noches comencé a tener pesadillas sobre aquel foso maldito, con su ojo de azabache asomándose al jardín.

Imaginé que conectaba directamente con el infierno y que un demonio de piel abrasada se asomaba enojado ante nuestro aluvión de objetos. También que era uno de esos vacíos de la materia que estudiábamos en la escuela, un agujero negro espacial que se tragaba la luz y el tiempo como si fuera las fauces de un monstruo.

La obsesión me duró diez días, porque concluido ese plazo supe cómo descubrir si aquel infernal hoyo tenía fin. Con la determinación del científico que quería llegar a ser y el afán del explorador, del expedicionario que jamás se rinde, la siguiente mañana, radiante y soleada como nunca, mientras los dos nos asomábamos de nuevo al precipicio, empujé sin vacilación a Lucinda hacia el pozo, y mientras la escuchaba gritar y gritar en la caída comprendí que cuando cesaran sus alaridos el resto sería fácil, simples cálculos matemáticos.